

La vista de aquella iglesia, ornada con tan nobles memorias, excitó el entusiasmo dentro del pecho de Corina; habíala desaminado el aspecto de los vivos, y la presencia silenciosa de los muertos reanimó, al ménos un instante, aquella emulacion de gloria que la enseñoreó otro tiempo; caminó por la iglesia con planta mas segura, y cruzaron aun por su alma algunos pensamientos de los dias pasados; vió venir por debajo de las bóvedas jóvenes sacerdotes cantando en voz baja, y paseándose pausadamente por derredor del coro; y preguntó á uno qué significaba aquella ceremonia: — *Rogamos por nuestros muertos*, le respondió. — Si, haceis bien, pensó entre sí Corina, de llamarlos *vuestros muertos*; no os queda ya otra propiedad gloriosa. ¡ Oh! ¿ por qué ahogó Osvaldo estos presentes que debí al cielo, para excitar entusiasmo en las almas acordes con la mia? ¿ Dios santo! exclamó arrodillándose, no os pido que me volvais mi talento por un vano orgullo: sin duda son los mejores de todos esos santos oscuros que supieron vivir y morir por vos; pero hay para los mortales diversas carreras; y el genio que celebrase las virtudes generosas, el genio consagrado á todo lo noble, humano y sincero, pudiera á lo ménos ser admitido en los vestíbulos exteriores del cielo. — Al acabar esta plegaria, tenia Corina inclinados al

sepultado. El epitafio compuesto por él mismo para su respetable amiga la condesa de Albany, y para él, es la expresion mas sencilla y mas tierna de una larga y perfecta amistad.

suelo los ojos, y se fijaron en esta inscripcion de un sepulcro, sobre el cual se hallaba arrodillada: *Sola en mi aurora, y sola en mi ocaso, tambien aquí estoy sola.*

— ¡ Ah! exclamó Corina, esta es la respuesta á mi ruego. ¿ Puede sentir emulacion quien está sola en este mundo? ¿ Quién tomaria interes en mis triunfos, si pudiera conseguirlos? ¿ Quién participaria de mi suerte? ¿ Qué sentimiento pudiera estimular mi ánimo al trabajo? ¡ ay! su mirada era mi recompensa.

Otro epitafio llamó asimismo su atencion: *No me compadezcas*, decia un hombre, muerto en juventud, *¡ si supieses cuántas penas me ahorró este sepulcro!* — ¡ Qué desapego á la vida inspiran estas voces! dijo Corina derramando lágrimas. Al lado del bullicio de la ciudad está una iglesia que enseñaria á los hombres, si quisiesen, el secreto de todo; mas pasan y no entran en ella, y el mundo camina por la portentosa ilusion del olvido.

CAPITULO IV

El movimiento de emulacion, que alivió á Corina algunos instantes, la llevó al dia inmediato á la ga-

lería de Florencia, lisonjeándose de hallar su antigua afición á las artes, y recobrar algun interes para sus primeras ocupaciones. Las bellas artes son todavía en Florencia muy republicanas, y las estatuas y las pinturas se ven á todas horas con la mayor facilidad. Hay hombres instruidos asalariados por el gobierno, y destinados, como ministros públicos, á explicar todas aquellas obras preciosas: y este es un rastro del respeto al talento de todas clases que siempre existió en Italia; pero mas particularmente en Florencia, cuando los Médicis solicitaban el perdón de su poder con su ingenio, y de su dominio sobre las acciones, con el libre vuelo que dejaban siquiera al pensamiento. La plebe de Florencia gusta mucho de las artes, y mezcla con este gusto la devoción, mas regular en Toscana que en ninguna otra parte de Italia, de suerte que no es cosa rara verla confundir las figuras mitológicas con la historia cristiana. Un Florentino, de la clase del vulgo, enseñaba á los extranjeros una Minerva llamándola Judit, un Apolo nombrándole David, y afirmaba, explicando un bajo relieve que representaba la toma de Troya, que Casandra *era una buena cristiana*.

La galería de Florencia es una coleccion inmensa, donde pudieran pasarse muchos dias sin llegar á enterarse de ella bien. Corina recorria todos aquellos objetos, y se sentia, con dolor, distraida é indiferente. La estatua de Niobe le movió algun inte-

res; hizole impresion aquel sosiego, aquella nobleza en medio del dolor mas agudo. Ciertamente el semblante de una madre, en igual situacion, estaria del todo trastornado; pero lo ideal de las artes conserva la hermosura en la desesperacion; y lo que mas entornece en las obras del genio, no es la desgracia misma, sino el poder que el alma conserva sobre aquella desgracia. Cerca de la estatua de Niobe está la cabeza de Alejandro moribundo, y estas dos especies de fisonomías dan mucho que pensar. Se ve en Alejandro asombro é indignacion de no vencer á la naturaleza; miéntras en todas las facciones de Niobe se pintan las angustias del amor maternal; aprieta á su hija contra su pecho con un afán que rompe el corazon; y el dolor expresado en aquel admirable rostro tiene el carácter de la fatalidad, que privaba, entre los antiguos, de todo arbitrio al alma religiosa. Niobe levanta los ojos al cielo, mas sin esperanza, porque los mismos dioses son sus enemigos.

De vuelta á su casa, procuró Corina reflexionar sobre lo que habia visto, y quiso componer como en otros dias, pero á cada página la detenía una invencible distraccion. ¡Cuán distante se hallaba de ella el talento para improvisar! Costábale trabajo encontrar una voz, y muchas veces escribia palabras que le daban espanto á ella misma, volviendo á leerlas, como si se viese escrito el delirio de la calentura. Entónces sintiéndose incapaz de apartar su

mente de su propia situacion, pintaba lo que padecia; pero ya no eran aquellas ideas generales, aquellos universales sentimientos que corresponden al alma de todos los hombres, sino el grito del dolor, grito cansado, cuando se dilata, como el chirrido de las aves nocturnas; sus expresiones tenian demasiado ardor, demasiado ímpetu, pocas gradaciones; manifestaban dolor, pero no talento. Sin duda para escribir bien es menester una conmocion verdadera; mas no ha de ser penosa en extremo: porque para todo se necesita ventura, y la poesía mas melancólica debe ser inspirada por una especie de estro que supone vigor y deleites intelectuales. El dolor verdadero no es naturalmente fecundo; produce una agitacion oscura que siempre vuelve á las mismas ideas; como aquel caballero perseguido por una suerte funesta recorria en vano dando mil rodeos, y siempre se hallaba en el mismo sitio.

La quebrantada salud de Corina acabó de perturbar su talento: y entre sus papeles se hallaron algunas reflexiones que se van á leer, escritas de su mano en aquellos dias en que hacia inútiles esfuerzos para volver á ser capaz de un trabajo seguido.

CAPITULO V

Fragmentos de los pensamientos de Corina.

« ¡Mi talento ya fué! lo siento: hubiera querido que mi nombre llegase á él con gloria: hubiera querido que al leer un escrito mio sintiese alguna simpatía con su corazon.

» No debí esperar que volviendo á su país, en medio de sus hábitos, conservase las ideas y los sentimientos capaces únicamente de reunirnos. ¡Hay tanto que decir contra una criatura como yo! y solo queda una respuesta, el entendimiento y el alma que tengo; pero ¡qué respuesta para la mayor parte de los hombres!

» Empero no es razon temer la superioridad del entendimiento y del alma, porque es muy moral; quien todo lo comprende, tiene indulgencia, y quien siente mucho, es en extremo bondadoso.

» ¿Cómo dos seres despues de haberse confiado sus mas íntimos pensamientos, despues de hablarse de Dios, de la inmortalidad del alma y del dolor, se hacen de improviso indiferentes uno á otro? ¡amor, misterio portentoso! ¡sentimiento admirable ó nulo! religioso como los mártires, ó mas helado que la mas sencilla amistad. Lo mas involuntario en la tierra, ¿nace del cielo ó de las pasiones del mundo?

¿Debemos obedecerle ó combatirle? ¡Ah! ¡cuántas tormentas se mueven dentro del corazón!

» El talento debía ser un recurso: cuando el Dominiquino se vió encerrado en un claustro, pintó magníficos cuadros en las paredes de su cárcel, y dejó allí obras preciosas por señal de su mansion; pero padecía por las circunstancias exteriores: no estaba el mal en el alma: y cuando está allí, no hay nada posible, agotóse el manantial de todo.

» A veces me observo como un extranjero, y me doy lástima yo misma. Antes era viva, sincera, buena, generosa, tierna; ¿por qué es todo esto origen de tanto mal? ¿Es el mundo malo en realidad? y ¿no nos privan ciertas prendas de nuestras armas en lugar de darnos aliento?

» Es lástima: yo nací con algun talento, y moriré sin dejar, aunque soy celebrada, idea alguna de mí. Si hubiera sido venturosa, si no me devorara la fiebre del corazón, habría contemplado de muy alto el destino humano, hubiera descubierto en él relaciones desconocidas con la naturaleza y el cielo; mas me asió la garra de la desgracia; ¿cómo he de pensar libremente, si me oprime cada vez que quiero tomar respiración?

» ¡Ay! ¿por qué no ha querido hacer venturosa á una criatura, cuyo secreto sabia él solo; á una criatura que solo á él le hablaba con el corazón? ¡Ah! es fácil separarse de esas mujeres que aman por acaso; pero la que necesita admirar á su amado, la

de juicio perspicaz, aunque su imaginación sea exaltada, no tiene en el orbe mas que un objeto.

» Aprendí la vida de los poetas, y no es así; la realidad tienen cierta aridez, que es en vano esforzarse á mudar.

» Cuando me acuerdo de mis aplausos, siento un impulso que me irrita. ¿Por qué me llamaban encantadora si no habían de amarme? ¿por qué me inspiraban confianza para hacerme mas horroroso el desengaño? ¿Hallará en otra mas talento, mas alma, mas cariño que en mí? No, hallará ménos y se contentará; porque se sentirá acorde con la sociedad. ¡Oh cómo da penas, cómo da placeres falaces!

» A la vista del sol y de las esferas estrelladas, no es menester mas que amarse, y sentirse dignos uno de otro, Pero ¡la sociedad, la sociedad! ¡cuán árido hace el corazón, y cuán frívolo el entendimiento! ¡cómo obliga á vivir por lo que dirán de nosotros! Si algun día se viesen los hombres, libre cada uno del influjo de todos, ¡qué ambiente tan puro entraria en su pecho! ¡cuál le refrescaran nuevas ideas y sentimientos sinceros!

» También la naturaleza es cruel. Va á marchitarse esta hermosura que ella me dió; y ya en vano sentiré los mas tiernos afectos; mis ojos apagados no pintarán mi alma, ni harán compadecer á mi ruego.

» Hay dentro de mí penas que jamas explicaré, ni aun escribiendo; me falta valor; el amor no mas pudiera sondar estos abismos.

» ¡Qué fortuna tienen los hombres! ¡van á la guerra, exponen su vida, se abandonan al entusiasmo del honor y del riesgo! ¡Pero las mujeres! nada tienen que las alivie; su existencia, inmóvil frente á frente con la desgracia, es un tormento harto dilatado.

» A veces, si oigo música, me recuerda el talento que tuve; el canto, la danza y la poesía: siento impulsos de soltarme de la desventura, y volver al contento; mas de improviso me estremece una sensación interior, parece que soy una sombra que intenta permanecer en la tierra, cuando los rayos del día y la inmediación de los vivos la obligan á desaparecer.

» Quisiera ser capaz de las distracciones que da el mundo; amábalas otro tiempo y me hacían bien, porque las reflexiones de la soledad me enajenaban demasiado, mi talento se volvía mayor con la variedad de mis impresiones. Ahora tengo el mirar fijo como el pensamiento: ¿dónde estais, alegría, gracia, imaginación? ¡Ah! ¡quisiera, aunque solo fuese por un momento, disfrutar de la esperanza otra vez! mas no será: el desierto es inexorable, agotáronse la gota de agua y el río, y la felicidad de un día es tan difícil, como el destino de la vida entera.

» Hállole culpado conmigo; pero cuando le comparo con los demás hombres, ¡qué fingidos, qué pobres, qué limitados me parecen! y él es mi ángel,

mas un ángel armado de la espada de fuego que consume mi suerte. El objeto amado es el vengador de los yerros que cometimos en este mundo; la divinidad le presta su poder.

» No, no es indeleble el primer amor, nace de la necesidad de amar; pero cuando despues de conocer la vida, y en todo el vigor del ánimo, se encuentran el entendimiento y el alma, buscados hasta entónces en vano, subyuga la verdad á la imaginación; y es razón ser desventurado.

» ¡Qué insensatez, dirán, al contrario, la mayor parte de los hombres, morir por el amor, como si no hubiese otros mil modos de existir! El entusiasmo de todas especies es ridículo para quien no lo siente. La poesía, el cariño, el amor, la religion tienen un mismo origen; y hay hombres á cuyos ojos son estos sentimientos locura. Todo es locura, si se quiere, fuera del cuidado de la existencia; en todo lo demás puede haber ilusión y error.

» Lo que me hace mas desdichada, es que él solo me entendía, quizá un día conocerá que yo sola le sabía comprender. Soy la criatura mas cariñosa, y la mas esquiva del mundo; todos los seres benévolos me agradan como sociedad para algunos instantes: pero para intimidad, para afecto verdadero, no podía amar mas que á Osvaldo. Imaginación, entendimiento, sensibilidad, ¡qué reunión! ¿dónde se encuentra en el universo? Y el cruel poseía todas estas prendas, ó á lo ménos todo su atractivo.

» ¿Qué habria dicho yo á los demas? con quién podria hablar? ¿qué objeto, qué interes me queda? Los dolores mas amargos, los sentimientos mas deliciosos, los he sentido, qué puedo temer? qué podria esperar? El macilento porvenir no es ya para mí mas que el espectro de lo pasado.

» ¿Por qué son tan fugaces estas situaciones felices? ¿qué tienen mas frágil que otras? ¿Es el dolor el órden natural? El padecer es una convulsion para el cuerpo; pero para el alma es un estado habitual.

« Ah! null' altro che il pianto al mondo dura (1).

PETRARCA.

» ¡Otra vida! ¡otra vida! esta es mi esperanza; pero es tanta su fuerza, que se buscan en el cielo los sentimientos de la tierra. Pintan en las mitologías del norte las sombras de los cazadores corriendo en pos de las sombras de los ciervos por las nubes; pero ¿con qué derecho decimos son sombras? dónde están las realidades? No hay seguro mas que el dolor; solo él cumple lo que promete.

» Sueño sin cesar con la inmortalidad, no con la que dan los hombres: los que segun la expresion del Dante, *llamarán antiguo al tiempo actual*, ya no me interesan; pero no creo que se aniquile mi corazon. No, no lo creo, Dios mio. Este corazon es

(1) ¡Ah! solo en este mundo el llanto dura.

para vos, y sois tan bueno que le recibireis aun despues de despreciarle un mortal.

» Conozco no viviré mucho tiempo, y este pensamiento da serenidad á mi alma. Es dulce debilitarse en la situacion en que estoy; á la par se embota el sentimiento del dolor.

» Ignoro por qué en la turbacion del pesar, somos mas capaces de supersticion que de piedad, yo hago presagios de todo, y no sé todavia poner en nada mi confianza. ¡Ah! ¡qué suave es la devocion en la felicidad! ¡qué gratitud al Ser supremo debe sentir la esposa de Osvaldo!

» El dolor, sin duda, perfecciona mucho el carácter; atribuimos en nuestra mente las desgracias á los errores; y siempre los junta, al parecer, á lo ménos á nuestra vista, un lazo invisible; pero este efecto saludable tiene ciertos límites.

» Necesito un recogimiento profundo ántes de lograr

*» Tranquillo varco
A più tranquilla vita (1).*

» Cuando me halle mala del todo, renacerá la serenidad en mi pecho: son muy inocentes los pensamientos del ser que va á morir, y á mí me agradan los sentimientos que inspira esta situacion.

» Enigma portentoso del vivir, imposible de penetrar á la pasion, ni al dolor, ni al genio, ¿te revela-

(1) Tranquilo paso á mas tranquila vida.

rás á la plegaria? ¡Quizá las mas sencilla de las ideas explica este misterio! ¡quizá estuvimos mil veces próximos á ella en nuestras meditaciones! Mas no es dable este prostrar paso, y nuestros vanos esfuerzos de todas clases causan sumo cansancio al alma. Ya es tiempo que descanse la mia. »

Fermossi al fin il cor che balzo tanto (1).

IPPOLITO PINDEMONTE.

CAPITULO VI

El príncipe de Castel-Forte dejó á Roma para establecerse cerca de Corina; y ella agradeció infinito esta demostracion de amistad, aunque le causó algun rubor no poder ya dar á la conversacion el atractivo de otros dias. Hallábase distraida y silenciosa; el quebranto de su salud la privaba del aliento preciso para vencer, siquiera un momento, los sentimientos que la dominaban, y si bien aun tenia cuando hablaba el interes que inspira la benevolencia; ya no la animaba el deseo de agradar. Si el amor desgraciado entibia todos los demas afectos, no acertamos á explicar nosotros mismos lo que pasa

1) Paró ya el corazon que latió tanto.

dentro de nuestro corazon; pero tanto como ganamos con la felicidad perdemos con penas. El aumento de vigor propio de un sentimiento que hace gozar de toda la naturaleza, se derrama en todas las relaciones de la vida y de la sociedad; mas cuando se destruye esta inmensa esperanza, queda la existencia tan pobre, que no somos capaces de ningun movimiento espontáneo. Por esto mandan tantas obligaciones á las mujeres, y mas á los hombres, respetar y temer el amor que inspiran, porque esta pasion puede anonadar para siempre el corazon y el entendimiento.

Procuraba el príncipe de Castel-Forte hablar á Corina de los objetos que otro tiempo la interesaban: á veces pasaba muchos minutos sin darle respuesta, porque no le oia en el primer momento; luego le llegaban el sonido y la idea, y decia alguna cosa sin el colorido, sin la viveza que ántes admiraba en su modo de hablar; pero bastante para mantener la conversacion un rato, y tener lugar de volver á sus meditaciones. Por fin hacia otro esfuerzo para no desanimar la bondad del príncipe de Castel-Forte, y muchas veces equivocaba las palabras, ó decia lo contrario de lo que acababa de decir; entónces se sonreia de lástima de sí misma, y pedia perdon á su amigo de aquella especie de locura que conocia en su interior.

Quiso el príncipe de Castel-Forte arriesgarse á hablarle de Osvaldo, y aun parecia que Corina hallaba

en aquella conversacion un amargo deleite; pero al acabarla se sentia tan decaida, que su amigo juzgó absolutamente preciso dejarla. El príncipe de Castel-Forte tenia un corazon tierno; mas un hombre, y en especial un hombre que ha abrigado viva inclinacion á una mujer, no sabe, por mas generoso que sea, consolarla de la pasion que le inspira otro: un tanto de amor propio en él, y de timidez en ella, impiden una confianza perfecta : y tampoco ¿de qué serviria? los males que no sanan por sí mismos, no sanan.

Todos los dias se paseaban juntos por las orillas del Arno Corina y el príncipe del Castel-Forte; y este recorria con amable mezcla de interes y de miramiento todos los asuntos de conversacion. Dábale ella gracias apretándole la mano, y aun procuraba tal vez hablar sobre los objetos que dependen del alma; mas llenábanse sus ojos de llanto; haciale mal su conmocion; ver su palidez y su temblor; y al punto trataba su amigo de distraerla de aquellas ideas. En una ocasion comenzó de improviso á chancarse con su gracia acostumbrada; y el príncipe de Castel-Forte la miró con admiracion y alegría, pero ella huyó al punto deshecha en lágrimas.

Cuando volvió á comer, alargó la mano á su amigo, diciéndolo : — Perdon, quisiera ser amable para recompensaros de vuestra bondad, mas no puedo; sed bastante generoso para sufrirme así como soy. — Lo que sobresaltaba mucho al prin-

cipe de Castel-Forte era el estado de salud de Corina. Todavía no la amenazaba un peligro próximo; pero no podía vivir largo tiempo, á no reanimar su vigor algunas circunstancias felices. Por este tiempo recibió el príncipe de Castel-Forte una carta de lord Nelvil; y aunque no mudaba en cosa alguna la situacion presente, pues le confirmaba que se hallaba casado, contenia, no obstante, palabras capaces de conmover hondamente á Corina. Horas enteras pasaba el príncipe de Castel-Forte meditando si debía, mostrándole aquella carta, causar á su amiga la sensacion mas viva, y la veia tan débil que no se determinaba. Mientras se sentia vacilante, recibió segunda carta de lord Nelvil, llena asimismo de sentimientos que habrian enternecido á Corina; pero traia la noticia de su partida para América. Entonces resolvió el príncipe de Castel-Forte callarlo todo; y acaso hizo mal, porque el dolor mas amargo de Corina era que lord Nelvil no le escribiese : á nadie queria confesarlo; pero aunque separada para siempre de Osvaldo, le habrian sido muy dulces un recuerdo, un sentimiento suyo; y lo mas horroroso á su vista era aquel silencio absoluto que no le proporcionaba siquiera ocasion de nombrarle, ó de oírle nombrar.

Un pesar, del cual nadie nos habla, un pesar que no muda en lo mas mínimo, ni con los dias ni con los años, ni es susceptible de acaecimiento ni de vicisitud, aflige mas que la variedad de las sensaciones

dolorosas. El príncipe de Castel-Forte siguió la máxima comun, que aconseja usar de todos medios para causar olvido; pero no hay olvido para las personas de vehemente imaginacion, y es mejor renovar en ellas de continuo la misma memoria, y hacer, por fin, que el alma se harte de llanto, que obligarla á recencontrarse en sí misma.

LIBRO DÉCIMONONO

LA VUELTA DE OSVALDO A ITALIA

CAPITULO I

Recordemos ahora los acontecimientos que pasaron en Escocia despues del dia de la triste fiesta en que hizo Corina tan doloroso sacrificio. El criado de lord Nelvil le entregó sus cartas en medio del baile; abrió muchas que le remitia su banquero de Londres, ántes de acertar con la que debia decidir de su suerte; pero cuando conoció la letra de Corina, cuando vió aquellas palabras : *Sois libre*, y distinguió el anillo, sintió juntamente un amargo dolor y la exasperacion mas viva. Dos meses hacia que le faltaban las cartas de Corina, ¡se rompía aquel silencio con palabras tan lacónicas, y con una accion